

When Words Are Called For: a Defense of Ordinary Language Philosophy, de AVNER BAZ, CAMBRIDGE, MASSACHUSETTS, HARVARD UNIVERSITY PRESS, 2012, 238 pp.

Harvard University Press nos presenta la obra de Avner Baz titulada *When Words Are Called For: a Defense of Ordinary Language Philosophy*. El subtítulo de la obra nos indica cuál es el principal objetivo de la misma, que no es otro que defender la aproximación a los problemas filosóficos de la así llamada *filosofía del lenguaje ordinario*, que fue practicada en el ámbito anglosajón en los años 50 y 60 y que, según el autor, ha sido injustamente olvidada desde entonces. Baz considera que recuperar la metodología involucrada en el análisis de los problemas filosóficos realizado por los principales héroes de esta tradición –Wittgenstein, Strawson y Austin– puede seguir produciendo excelentes réditos filosóficos en el análisis de los problemas filosóficos actuales, como hará el propio Baz en su libro al examinar el debate en entre contextualistas e invariantistas en teoría del conocimiento.

¿Qué es lo que pretende Baz al rescatar del olvido a la filosofía del lenguaje ordinario? Baz no pretende tanto recuperar una forma de concebir el significado como una forma de enfocar y considerar los problemas filosóficos. De hecho el autor lucha contra la idea de que la labor principal de este tipo de filosofía sea la de proporcionar un análisis exhaustivo del uso que hacemos de ciertos términos en el lenguaje cotidiano. La filosofía del lenguaje ordinario es, ante todo, una forma de hacer filosofía, de concebir los problemas filosóficos. Baz hace suya la idea de Wittgenstein de que los problemas filosóficos aparecen cuando el lenguaje se va de vacaciones, cuando el lenguaje deja de cumplir sus funciones en el ámbito cotidiano, y lo que quiere poner de relieve es que, si hacemos trabajar al lenguaje, si apelamos a él a la hora de intentar comprender qué está detrás los grandes debates filosóficos tradicionales, advertiremos que dichos debates no resultan ser nada más que gigantes con los pies de barro, cuya única solución es su disolución y abandono. No hay problemas filosóficos genuinos. Mostrar esto requerirá apelar al uso corriente que tienen los términos que utiliza el filósofo en sus propuestas y mostrar que, en cierto modo, los filósofos crean sus problemas al desviarse del uso corriente de los términos que utilizan. Al mostrar su alejamiento, no estaremos mostrando de un modo absoluto que el problema que se plantea sea ininteligible o absurdo, ni que lo sean sus soluciones, pero sí que los problemas filosóficos son problemas que surgen de una mala comprensión del funcionamiento del lenguaje y por qué una solución a los mismos resulta imposible.

Los seis capítulos del libro de Baz –dejando de lado el epílogo en el que intenta mostrar algunas conexiones entre la filosofía del lenguaje ordinario y la filosofía kantiana– se dividen de forma natural en dos partes bien diferenciadas. En la primera parte del libro, que involucra a los dos primeros capítulos, Baz intenta exponer en qué consiste la estrategia de la filosofía del

lenguaje ordinario y la de su principal adversario filosófico, lo que Baz llama a lo largo de su libro la “concepción predominante acerca del significado”. Esta concepción predominante del significado mantendría que hay una diferencia entre el significado de las palabras y su uso, entre semántica y pragmática, y acusaría al filósofo del lenguaje ordinario de confundir un ámbito con el otro. Según esta concepción predominante, podemos teorizar como filósofos sobre, digamos, el conocimiento o la verdad, precisamente porque hay algo en lo que consiste el significado de dichos términos, y que es independiente de los tipos de usos que podamos hacer de ellos. La filosofía sería desde esta perspectiva una actividad de análisis conceptual donde resultaría poco o nada interesante apelar a la cosas que efectivamente hacemos con los términos sobre los que teorizamos en filosofía, pues su significado es independiente de tales usos, por lo que estos no arrojarían luz alguna a los problemas filosóficos en los que están involucrados. En esto consiste la principal crítica de los filósofos de la concepción predominante a los filósofos de la filosofía del lenguaje ordinario: confunden en sus críticas significado y uso, semántica y pragmática, y es por ello por lo que tales críticas están mal fundamentadas, pues el que podamos usar en filosofía algunos términos de modo que no se ajusten a como se hace cotidianamente no significa nada más que eso, y esto sucede porque el filósofo no pretende analizar dichos usos, sino el significado fundamental que los hace posibles. Si esto es así, merece la pena olvidar a la filosofía del lenguaje ordinario como estrategia filosófica.

Baz va a intentar rescatar a la filosofía del lenguaje ordinario de este tipo de crítica, y va a afirmar que se trata, sin más, de un presupuesto que en ningún caso se justifica. Este presupuesto no es otro que la idea de que hay algo que es el significado de un término, y que es independiente de los usos que hagamos del mismo. Baz mantiene que, de un modo u otro, las distintas críticas que han llevado al olvido a la filosofía de lenguaje ordinario son críticas que siempre están basadas en este presupuesto injustificado. Así, Baz examina las críticas que autores como John Searle, Peter Geach and Scott Soames han realizado a la filosofía del lenguaje ordinario. Estos autores mantienen que la posibilidad conversar con alguien (Searle), de argumentar (Geach) o la de comprender nuevos enunciados (Soames), sólo puede explicarse apelando a un significado invariable de los términos, la tesis misma que la filosofía del lenguaje ordinario rechaza. Baz argumentará ante estas críticas que todas ellas presuponen mucho más de lo que demuestran. Presuponen, en primer lugar, los casos mismos en los que se apoyan pues, en muchos casos, encontramos fallos en la comunicación, en la argumentación y la comprensión de enunciados que van directamente en contra de la tesis misma de que hay algo que sea el significado común de los términos en ellos involucrados. Pero, y lo que es más grave, presuponen que, en caso de funcionar sus ejemplos tal como pretenden, la única manera de hacerlo es apelando a un significado fijo ajeno al uso de los términos. Baz considera que esto no está justificado en modo alguno, suponiendo incluso una ma-

la praxis científica, pues equivale a suponer que las cosas sólo pueden explicarse de un único modo. Baz mantiene que lo que se puede explicar apelando al significado perenne de un término se puede explicar asimismo desde una perspectiva que apele únicamente al uso del mismo, aunque no proporciona una explicación exhaustiva de cómo lo haría, seguramente porque tampoco es el propósito del libro, que no es otro que el de simplemente mostrar que la perspectiva que ofrece el filosofía del lenguaje ordinario puede ser de gran utilidad en el tratamiento de los problemas filosóficos.

La segunda parte del libro comprende los cuatro últimos capítulos de la obra. Una vez defendida la filosofía del lenguaje ordinario de sus críticos, Baz va introducirse en el debate epistemológico actual con el propósito de mostrar cómo algunos de los interrogantes que copan los artículos de los epistemólogos no son más que falsos problemas que dependen de un uso espurio de los términos en ellos involucrados. El tercer capítulo está dedicado a examinar un modo de hacer filosofía que Baz denomina el “programa dominante”, cuyo rasgo fundamental sería el de confiar en nuestras intuiciones a la hora de aclarar un determinado problema filosófico. El modo de proceder habitual de este programa es el de imaginar casos que se consideran relevantes y que se piensa podrían darse con facilidad en la vida cotidiana para, a continuación, preguntar si aplicaríamos en ellos un determinado término filosófico importante –el conocimiento, por ejemplo– con el propósito de arrojar luz al mismo. La característica fundamental de este modo de hacer filosofía es considerar los problemas filosóficos como genuinos, e intentar solucionarlos atendiendo a lo que diríamos o pensaríamos siguiendo nuestras intuiciones en determinados casos límite, que se creen cruciales para aclarar el significado de un término filosófico importante. Baz va a oponerse a esta forma de filosofar y va a defender, por el contrario, el programa de la filosofía del lenguaje ordinario como forma adecuada de proceder. La crítica fundamental que va a realizar al programa dominante, ejemplificado a lo largo del capítulo en las opiniones de T. Williamson, es que este programa asume que hay una continuidad entre los ejemplos y preguntas que hacemos en filosofía y los casos que enfrentamos en la vida cotidiana, cuando de hecho no la hay. El programa dominante en filosofía asume la concepción dominante del significado según la cual hay algo que es el significado de un término, y que es independiente de cómo lo usemos, de modo que contestar una pregunta filosófica no es más que aplicar nuestra capacidad de juzgar a un nuevo caso donde el significado del término permanece inalterable y garantiza que estemos haciendo lo mismo cuando contestamos a una pregunta filosófica que cuando encontramos un nuevo caso del término que nos ocupamos en la vida cotidiana. Baz negará que exista dicha continuidad y, para ello, examinará los ejemplos de casos Gettier con el fin de mostrar que, de producirse en la vida cotidiana, nunca darían lugar a la pregunta filosófica de si diríamos de ellos que estamos ante casos de conocimiento o no, y que la causa de la disparidad de res-

puestas a las preguntas que suscitan estos casos reside precisamente en que se trata de un pregunta sin contexto que determine su significado. Precisamente esta disparidad de respuestas nos debería llevar a abrazar, según Baz, el programa de la filosofía del lenguaje ordinario en el cual los problemas filosóficos son considerados como pseudo-problemas, y en el que la labor del filósofo es mostrar cuán poco entendemos y lo alejada que está la cuestión filosófica de nuestro uso de los términos involucrados ella.

El cuarto y quinto capítulo del libro están dedicados a examinar la disputa existente en epistemología entre invariantistas y contextualistas. Aunque en un primer momento se podría pensar que Baz podría intervenir en la disputa para ponerse del lado contextualista, los dos capítulos constituyen realmente un ataque al contextualismo, al que acusa fundamentalmente de no ser lo suficientemente radical, al menos de no serlo desde el punto de vista de la filosofía del lenguaje ordinario. Y es que, para Baz, el contextualismo no va lo suficientemente lejos a la hora de encarar el debate epistemológico porque, básicamente, viene a hacer lo mismo que su rival invariantista, examinar las condiciones de aplicación del término “conocer” y afines e intentar responder con posterioridad a preguntas del tipo “¿Sabe N en estas condiciones que X?” o “¿Podemos decir en tal caso que x sabe?”, exactamente las mismas preguntas que enfrenta el invariantista. El contextualista no considera falsas o sinsentido las preguntas del invariantista, simplemente dice que no hay una respuesta única o simple a su cuestión, sino que ésta dependerá del contexto en el que se realice una atribución de conocimiento. Prueba de que el modo de proceder del contextualista es el mismo que el del invariantista es el uso que hace de los ejemplos en los que apoya sus conclusiones. En ellos, descubrimos al contextualista asumiendo que el verbo conocer tiene un significado fijo y que en todos los casos tiene sentido la pregunta de si en el ejemplo en cuestión el personaje conoce o deja de conocer algo. Baz rastrea distintos ejemplos propuestos por contextualistas como Travis, De Rose o Cohen para mostrar, como lo hizo en los casos de Gettier, que los problemas que presuntamente se plantean en ellos son falsos problemas. Esto lo hace de dos modos distintos. En el capítulo cuarto mostrará, basándose en un ejemplo de Travis, que los contextualistas –y desde luego los invariantistas– dejan de apreciar que el término “conocimiento” no sólo se usa para pedir o dar seguridad sobre algún hecho, uso en el que puede tener sentido dudar o pedir mayores credenciales a una creencia, sino también para atribuir responsabilidad o culpa, como cuando digo a alguien que sabía algo para que cargue con las consecuencias de su saber. Intentar ante este uso del término preguntar si se sabía o no algo en tal caso supone malentender el funcionamiento del lenguaje ordinario, pues en tales contextos no tiene sentido esa cuestión, pues se da por supuesto que se sabe. Ante la acusación de que estos casos no agotan el uso de los términos de evaluación epistemológica y que hay un uso de los mismos en los que pedimos u ofrecemos seguridad epistémica, Baz examinará en el capítulo quin-

to de su libro diferentes ejemplos en los que la crítica ya no va a ser que nos enfrentamos a un uso distinto del término “conocer”, sino que, incluso dando por sentado que se usa en el sentido propuesto por el contextualista, sigue careciendo de sentido la pregunta que él propone, y esto es así porque tales ejemplos están absolutamente alejados de cualquier contexto real que les pudiera dar vida. Cuando tales ejemplos cobran vida, cuando se les coloca en el mundo real, la cuestión sobre si en ellos se aplica o no correctamente el término “conocer” carece, según Baz, de sentido.

Como Baz nos dice en la conclusión de su libro, su intención no es negar que podamos hacernos preguntas del tipo “¿Tiene X buenas razones para mantener Y?” o “¿Sabe N en estas circunstancias que X?”. Cuando nos enfrentamos a estas preguntas en la vida cotidiana nos vemos ayudados a la hora de responderlas por los intereses de los interlocutores en la conversación, que es precisamente aquello de lo que carecemos en los ejemplos que utilizan los filósofos para que contestemos a sus preguntas. Cuando examinamos tales ejemplos a la luz de lo que sería un contexto adecuado para ellos, vemos que las preguntas filosóficas que presuntamente incorporan carecen de sentido. Problemas como el del escepticismo se ven alimentados por dichas preguntas pues, al carecer estas de sentido, o de los elementos necesarios para responderlas, este problema se torna irresoluble. La única solución al mismo es, de nuevo, abrazar el método filosófico de la filosofía del lenguaje ordinario, un método que no está destinado a resolver problemas, sino a disolverlos.

Jesús A. Coll Mármol
IES Manuel Tárraga Escribano
C/ Sancho Panza s/n
San Pedro del Pinatar 30740, Murcia
E-mail: jesuscoll@hotmail.com

Diálogos interculturales: lenguas, literaturas y sociedad, de JOSÉ JAVIER MARTOS, LEONARDA TRAPASSI, ISABEL GARCÍA, VÍCTOR M. BORRERO (Eds.), BARCELONA, ANTHROPOS, 2011, 254 pp.

Si tuviésemos que definir con un término el mundo en el que vivimos, seguramente el tan recurrido *global* sería uno de nuestros candidatos favoritos. La creciente comunicación e interdependencia entre los distintos países del mundo se traduce en un continuo movimiento y contacto entre personas, culturas y sociedades. Sin embargo este fuerte y rápido fenómeno se topa con la necesidad de identificarse, y es aquí donde la lengua y la cultura tienen un papel primordial. A este respecto, en el ámbito de las Humanidades aparece